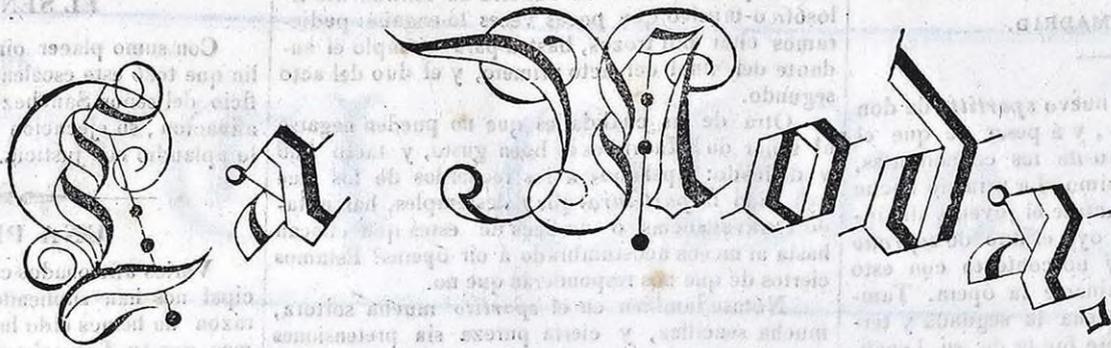


PUNTOS DE SUSCRICION

Los mismos que el GLOBO.



PRECIOS.

Para los suscritores del Globo, al mes..... rrv. 4
 Para los no suscritores..... 6
 Para los de fuera francos de porte 7

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATRO, COSTUMBRES Y MODAS.

SALE TODOS LOS DOMINGOS.

LA FERIA.

D. TERENCIO.—¡Que tentacion tan malvada!

¿Un abanico que cuesta, aunque sea de calañas, un real? No, hija; pero quiero echar el pecho al agua: toma un buñuelo de á ochavo.

CASTILLO. (*La Feria del Puerto.*)

Es una trivialísima verdad el decir que las cosas mejores del mundo pierden su mérito cuando se prodigan; pero el hecho es que todos lo sabemos, y que no obstante eso maldito lo que nos emendamos, sin duda por aquello de que el hombre no es animal de escarmientos, y allá va esa trivialidad para hacer juego con la primera. He aquí pues lo que acontece á las ferias: La del Puerto, *verbigra*, era en sus buenos dias un verdadero acontecimiento; su solo nombre henchía los faluchos, agitaba á aquella generacion feliz que vivía bajo los tutelares auspicios del desnarigado Heracles de la Alameda, y hacia que una inundacion viviente, fecunda como la del Nilo, fuese á depositar sus cuartos cuatro á cuatro en las arcas de aquel muelle mas lleno de escotillones, y aguderos que tal lado de alguna comedia de magia. Con menos fortuna, si bien todavia con envidiable suerte, vivió aqui por muchos años la feria de Navidad, y aun nos conservan tradiciones vivas los solaces y placeres de aquella célebre de Solano en la inauguracion de la plaza del Hospital; pero dióse en la hora de poner feria cada dia, y ya cuando menos se esta he aquí que de la noche á la mañana surgen cuatro puestos de juguetes flanqueados por tres buñoleras, sirviendoles de reserva el indispensable barquillero, amen del juego de sortijas, y del ciego con su teatro portatil y su llamativo tamboril.

Ahora bien, sin saber como hemos hecho el monopis de la feria, tal cual hoy se venera en la plaza de los Descalzos: resta pues concluir el cuadro dando algunas pinceladas mas de brocha gorda.

Mis lectores recuerdan sin duda que la de la última Navidad se hallaba colocada detras de las paredes del nuevo mercado de la Libertad, frente al frente de aquel sucio callejon esclaustrado que hoy yace anónimo en un rincon de la plaza gozando de los honores del enchinado público, con tanto dolor de los mercaderes de la calle del Sacramento, sobre cuyos géneros llueven en los dias de levante sendas nubes de polvo y de basura. Esta vez se ha buscado diafanidad mayor, y por el mismo la feria, salvando el mercado de un salto, le ha cogido el barlovento, repartiéndose en secciones por aquella plazuela y por aquel callejon sin regla, que la omnimoda voluntad de cada uno; con la que no estoy yo del todo mal, asi por la variedad que resulta, como tambien por habermeos allí, y aun tertulia ecorómica para los aficionados á las amistades improvisadas.

Levántanse pues en la acera del callejon, y amparadas por las ventanas de la Orden Tercera, las caracas sucias y raidas de tres únicas buñoleras, delante de cada una de las cuales una matrona de Sierra confecciona gravemente sus buñuelos y cuñados de los carbonos de su fogón, no con menos so-

lemnidad é importancia que las vestales romanas cuando alimentaban el fuego sagrado. Siguen en línea tres puestos de juguetes, en los que, á pesar del anacronismo del mes, no dejan de bogar su remo la mula y el buey, el palacio de Herodes, los pastores con sus gallinas, y aun algun camello rezagado de la comparsa del rey Melchor. Otro puesto mas independiente ó mas amigo de su comodidad, ha ido á busear fortuna del otro lado de la iglesia, donde yace solitario como el ave del desierto, y en fin, otro puesto mas, diminuto, microscópico, y verá efigies de la venta menguante de las *Pildoras del Diablo*, ó muestra del pais de Lilliput, se ha segregado en un todo de la comunión política de los juguetes, tomando posicion debajo de uno de los árboles de aquel pequeño paseo.

Los juegos de sortijas y las cunas volantes continúan sus aereos ejercicios en el antiguo corralon al son de la tambora y del obligado de clarinete; pero hásele abierto puerta del lado de la feria, de forma que debajo del opaco transparente y al son de la música marcial pregona el revendon sus tomates, y aristocratiza su mercancia con algun cabo de vela de sebo colocado en equilibrio sobre los mimbres de la canasta.

De esta sucinta descripcion topográfica ya habrán colegido mis lectores que la feria presenta ciertas comodidades inusitadas hasta aqui, á lo que pudiera añadirse el aliciente de un parage fresco en medio del endiablado calor que felizmente nos rige; pero quiza por todo esto la concurrencia suele ser escasa, aunque por otra parte no estoy muy lejos de dar la razon á los ausentes. En efecto, pocas noches ha comenzado á volar á deshora por aquel sitio cierto animalito, que hubiera dado un chasco al mismo Buffon al verle cortar las *etéreas salas* con sus cuatro patas y sus largas orejas. Este hipogrifo pues era un gato á quien hacian tomar vuelo, bien contra su costumbre, algunos aficionados sin duda á las ciencias naturales que estarían haciendo tal vez curiosos experimentos sobre la fisiología comparada. Sin embargo, como esto de que á uno le lluevan gatos encima no es cosa para todos los gustos, resulta que los mas abandonaron el campo al animalito con firme propósito de no volver, por mas que los llamase el reclamo de la tambora y las ladinas sirenas de las buñoleras.

Aun sin esta última circunstancia, que no es por cierto moco de pavo, la actual feria habia carecido desde luego de prestigio ó sea de fuerza moral, como ahora decimos; era una feria fuera de sazón, en fin, y como espresa el adagio, *cada cosa en su tiempo, y los nabos en adviento.*

F. F. A.

CUATRO DUDAS ACERCA DE UN BIGOTE.

CORRESPONDENCIA.

Señor redactor de la MODA. Muy señor mío: como ese periódico, del cual es usted parte integrante, se ha encargado de ponernos al corriente de los misterios de la *Toilette*, he pensado desde luego dirigile esta mi misiva por si me saca de cuatro buenas dificultades con que acabamos de tropezar mi barbero y yo relativamente á algunos pelos que

la naturaleza me ha concedido debajo de la nariz, y que usted, que debe de ser muy lince, ya habrá adivinado que no son otra cosa sino unos bigotes, ni mas ni menos que todos los demas de este mundo. Ahora bien, yo habia creido hasta ahora que estos pelos eran una propiedad mia, y bienes raíces pertenecientes á mi persona; creía ademas que estaban libres de pechos y alcabalas, y en verdad que jamas me pasó por el pensamiento el imaginar que ellos pudieran influir en los destinos buenos ó malos de mi persona; pero es el caso que yo soy de Jerez (para servir á usted) y es el caso tambien que se acaba de publicar un edicto de proscripcion contra todo bigote que no pertenezca á la milicia, entendiendose que el que no se lo quite admite de hecho el fusil y las correas, á cuyo efecto quedan las caras de los vecinos bajo la inspeccion del respectivo alcalde de barrio: es decir, que aqui se está tan mimado que las autoridades le están á uno mirando siempre á la cara para adivinarle lo que quiere ó lo que no quiere.

Ahora bien, figúrese usted que yo sea cojo ó manco ó cosa tal, y que por lo mismo no me quieran para la milicia, y figúrese usted tambien que ademas no se me antoja el quitarme los bigotes; entonces ¿que hará conmigo el alcalde de mi barrio? ¿Me hará afeitar por via de apremio? Eso seria allanar mis barbas y atacar la integridad de mi persona.

No es esta la mas negra, señor redactor de mi alma, y aqui le abro mi corazon de par en par, que diz que las penas comunicadas se alivian. Ha de saber usted pues que yo, ademas de tener bigotes, tengo una novia, y que esta novia me ha puesto el siguiente terrible dilema, *ó bigotes, ó calabazas*. Es decir que si me afeitan no me caso; heme aqui pues luchando entre mis bigotes y mi futura, entre el amor y el deber.

El asunto, como usted conoce, podrá no ser muy importante á primera vista; pero de cierto es *pehagudo* como él solo. Si usted halla medio de aconsejarme algo que valga la pena no lo deje para otro dia; si acaso no, quedo en remitirle el modelo que pienso pedir para en todo caso arreglar á él la topografía de mi cara y que quede lo mas en armonia que sea posible con los bandos de buen gobierno.

Avisaré á usted tambien si sale otro edicto para que nos cortemos las uñas. Entretanto queda suyo afectísimo—*El desbigotado.*

Mucho siento no poder sacar de sus apuros á mi anónimo corresponsal, y tan es así como que yo estaba en el mismo error. En España no ha muchos siglos usaban bigote hasta los clérigos, y sino apelo á los retratos de Calderon, Lope de Vega, Villaviciosa &c., por lo mismo no se ha considerado como insignia militar, y hoy no pasa de ser una moda como otra cualquiera. No obstante, le aconsejo que si su boda estriba en los pelos de su cara como la fuerza de Sanson estribaba en los de su cabeza, se venga por acá con sus bigotes y con su novia, pues en Cádiz, á Dios gracias, no le hacen á nadie inventario de los pocos ó muchos pelos que le haya concedido la naturaleza.

F. F. A.

IGUINA DE ASTI.

OPERA EN TRES ACTOS DE DON VENTURA
SANCHEZ DE MADRID.

Tres veces hemos oído el nuevo *spartito* de don Ventura Sanchez de Madrid, y á pesar de que el calor ha disminuído el número de los concurrentes, ha estado el teatro animadísimo. La primera noche pidió el público que se presentase el jóven y distinguido artista despues que se oyó el duo de *soprano* y *basso* del acto segundo, y no contento con esto quiso verlo de nuevo al terminarse la ópera. También ha sido llamado á la escena la segunda y tercera noche. Esta última (que fue la de su beneficio) de todas partes del teatro le arrojaron al tiempo de presentarse infinidad de ramos de flores y una corona de laurel, y fué como las noches anteriores cubierto de bravos y de palmadas. Nosotros aplaudimos y celebramos los triunfos del señor Sanchez de Madrid.

Y aplaudimos, no porque seamos indulgentes, sino porque la ópera nos agrada, porque está llena de cantos tiernos y melodiosos, porque la creemos escrita con mucha inteligencia y maestría, y porque, en fin, el haber sido objeto de censuras severas por parte de algunos prueba á nuestro entender su esquisito mérito. Aunque la ópera no fuese buena, nunca podríamos aprobar una hostilidad injusta, cuando se trata de un español y de un hijo de esta ciudad.

Al tomar la pluma para escribir sobre la impresión que en nosotros habia producido la nueva ópera de don Hilarión Eslaba, nos quejamos de la rigidez de ciertos censores, nos quejamos de la reacción que empujaba á aparecer *sotto voce* contra su excelente *spartito*; hoy tenemos que repetir lo mismo por un motivo semejante.

No faltará quien nos tache de parciales en favor del señor Sanchez de Madrid: no faltará acaso quien nos acuse, porque defendemos á un compatriota nuestro de censuras que nos parecen injustas; si tal sucediera, responderíamos que ningún interés nos cabe en la cuestión, que ni tenemos pretensiones de inteligencia, ni amistad íntima con el autor, ni tampoco motivo alguno de emulación ó de envidia, puesto que nos declaramos incapaces de escribir ni digo una ópera, ni un aria, sino un compás: por esta razón si somos parciales sin advertirlo es porque el señor de Madrid es nuestro compatriota.

Si nadie pudiera coger un pincel como no hubiese de igualar á Rafael ó á Murillo, al Ticiano ó á Velazquez ¿que sería de la pintura? Si á nadie fuera licito escribir una comedia, sino para eclipsar á Lope ó á Moliere ¿que sería del porvenir del teatro? Si nadie pudiera escribir una ópera como no fuese para hacer sonrojar á Mayerbeer ó á Rossini ¿que llegara á ser de la música y de las artes, qué de esa brillante corona de la civilización moderna?

Si se juzga de la ópera de don Ventura Sanchez de Madrid, ó de la de don Hilarión Eslaba teniendo solo presente *Guillermo Tell*, ó *Roberto el Diablo*, ni aun Mayerbeer y Rossini podrían continuar escribiendo, porque ¿quién asegura que sus posteriores producciones no sean inferiores á sus obras maestras? Lo repetimos, seremos parciales, porque deseamos animar á aquellos de nuestros compatriotas que se distinguen, porque aspiramos á que sus triunfos alienten á otros, y podamos algun día colocarnos en el mundo de las ciencias y de las artes en el lugar que en otro tiempo ocupamos: ¿es esto una falta?... pues bien, nos acusamos de ella, nos confesamos delincuentes, criminales, horriblemente criminales, y pedimos que falle nuestra causa el recto é irrecusable tribunal de la opinión pública.

Diremos á nuestros jueces: Aunque no fuesen genios de primer orden ni Eslaba, ni de Madrid; protegiendo sus primeros ensayos podrán adelantarse no hundiendolos con censuras injustas y apasionadas podrán con ellos venir otros que realcen nuestro teatro hispano español ¿que sería de la música francesa si nuestros vecinos del lado allá de los Pirineos hubiesen pensado como algunos inteligentes imparciales filarmónicos de Cádiz? ¿hubieran podido los franceses en el supuesto de que vamos hablando presentar al mundo música, *la muda de Portici*, *la Judia*, ó *la Reina de Chipre*?

Hablemos ya de la nueva ópera.
Si hubiésemos de juzgar en su conjunto el *spartito* del señor de Madrid, diríamos que al lado de algunos defectos descubrimos en él excelentes cuali-

dades. Notamos en primer lugar que siempre la palabra está servida por la nota con exactitud y verdad: hay en el señor de Madrid un sentimiento filosófico-musical que pocas veces lo engaña: pudiéramos citar mil trozos, basten para ejemplo el andante del final del acto primero, y el duo del acto segundo.

Otra de las cualidades que no pueden negarse al señor de Madrid es el buen gusto, y tacto fino y delicado: apelamos á los recuerdos de los que han oído la *partitura*: ¿hay destempleres, han notado extravagancias ó deslices de estos que chocan hasta al menos acostumbrado á oír óperas? Estamos ciertos de que nos responderán que no.

Nótase también en el *spartito* mucha soltura, mucha sencillez, y cierta pureza sin pretensiones que á nosotros nos agrada mucho.

Al lado de estas cualidades hemos advertido algunos defectos: diremos el principal, y el que más generalmente ha llamado la atención; hay algunos trozos que se parecen á otros de otras óperas, entre ellos citaremos el lindísimo duo de *soprano* y *basso* del acto segundo, cuya *cabaletta* es algo semejante en su corte á la del duo de la *Parisina*, y el rondó final que nos trae á la memoria el de *Gemma de Vergi*.

Entrando á juzgar las distintas partes del *spartito* debemos confesar que una parte del acto primero nos parece un poco lánguida, á pesar de que todos sus coros son generalmente buenos, y melodiosas las *cabaletas*; pero la introducción es un aria, sigue despues otra que canta la señora Barilli, y luego otra del señor Forti, lo cual quita á la música el interés de escena, y contribuye mucho á producir mal efecto: de estas tres piezas nos parece el aria de introducción la mejor. El *largo* que canta la señora Barilli es largo en demasía y un tanto descolorido; en cambio el alegre es gracioso, bello y está lleno de melodía. Nos agrada mucho el duo de tiple y tenor; pero nos parece infinitamente mejor que todas estas piezas el magnífico andante del final del acto primero: hay en él lo que da realce; lo que embellece y abriga todas las obras de arte, lo que constituye al verdadero artista, hay alma, hay sentimiento, hay un claro-oscuro de magestuoso y tierno que toca al corazón. Abunda también este bellísimo trozo en armonía y en buen gusto. La *cabaletta* de esta pieza maestra no desmerece del andante.

El acto segundo nos parece muy bueno, á pesar de que no hay en él ninguna pieza que tanto nos agrade como la de que acabamos de hablar. El aria es la más ligera de ellas; el duo es lindísimo, es un buen trozo de pasión y de melodía, el final tiene también un magnífico andante: hay á nuestro entender en todas estas piezas mucha filosofía y no poca inteligencia de la escena dramática.

Los coros del acto tercero son buenos y lo mismo el rondó; se conoce que está escrito *ex-profeso* para la señora Barilli.

La ópera del señor de Madrid es por consiguiente una excelente ópera: le aconsejamos que no se deje desanimar por censuras injustas; tal vez nuestro juicio haya sido demasiado severo por haber querido que no nos lo tachen de parcial.

SOBRE LA EJECUCION DE LA OPERA.

La primera noche salió la ópera muy mal ejecutada por casi todos los cantantes; pero entre ellos hacemos diferencias. Disculpamos á la señora Barilli, porque se la hace trabajar sin descansar y porque se le nota un deseo muy laudable por estar al nivel de su bien merecida reputación. No sucede lo mismo al señor Spech, el cual canta muchas veces sin empeño. Mas de una vez hemos hecho su justo elogio, y sentíamos no poder repetirlo siempre.

Tanto el Domingo como el Martes la ejecución ha salido mucho mejor. La señora Barilli cantó muy bien el duo del segundo acto y el rondó final; pero nos gustó mucho, mucho en el andante de su aria de salida, le dió un realce que parecia imposible pudiese tener. El señor Spech dijo bien su aria y el duo.

El señor Balestracci cantó muy bien su parte: luce mucho en su aria los magníficos puntos altos de su voz. Nada queremos decir del señor Forti.

Los coros estuvieron felices: la orquesta tocó muy bien: los solos de arpa, de oboe y de corno

han sido siempre justamente aplaudidos.

EL SEÑOR BUTT.

Con sumo placer oímos las variaciones de *Violin* que tocó este excelente artista la noche del beneficio del señor Sanchez de Madrid: admiramos su afinación, su ejecución y su maestría. El público lo aplaudió con justicia.

UNA PREGUNTA.

Varios aficionados concurrentes al Teatro Principal nos han suplicado que preguntemos porque razón no hemos oído hasta ahora al señor Polonius mas que en *Lucrecia* y en las *Treguas*. El público lo estraña y con razón: es tan melodiosa la voz de este cantante, tan bella cuando no la violenta, y ha sido oído siempre con tanto gusto por el público sobre todo en *Lucrecia Borgia*, que nosotros no podemos dejar de tener los mismos deseos y la misma curiosidad que nuestros amigos: preguntamos pues ¿por qué se economiza tanto este artista?

MODAS DE MADRID.

DE SEÑORA.

NEGLIGE DE CASA.—Hemos notado que la preferencia las hermosas á los vestidos de *jaconet*; abiertos, color anteaño y ramos oscuros, de blle cuello, guarnecidos, como también las orillas del vestido, de un flequito estrecho, matizado de iguales colores que los del vestido; mangas ceñidas por el puño y ensanchando proporcionalmente hasta arriba: cuello y papalina de batista clara, guarnecida de encage; chinelas bajas y cerradas por detrás.

TRAJE DE CALLE.—Vestido de *fautour* sencillo con dibujo de dos colores, guarnecido el cuerpo y mangas con trencillas del mismo color aunque algo más subido que el del vestido, sombrero de paja de Italia adornado con flores, chales de seda, botitas y sombrilla color de lila.

TRAJE DE PASEO.—Vestido de muselina de India con viso de color análogo, falda con mucho vuelo y haciendo pliegues anchos, cintura largo de seda, capota azul ó rosa, chales de crepé de la India, botitas de gros de Nápoles y guantes largo sin adorno alguno.

MODAS DE CABALLEROS.—Negligé de mañana Paletot de merino negro con viso azul oscuro forrado de seda á cuadros pequeños, botones chicos, adornos de trencilla en el cuello, mangas y ojales, pantalon de cuadros á pliegues y sin trabillas, corbata de color claro, zapatos figurando botines, sombrero gris y guantes de color claro.

TRAJE DE PASEO.—Letita color bronceado, talle bajo y bien separados los botones, falda corta y de poco vuelo; chaleco de piqué claro, corbata larga de seda prendida con dos pequeños alfileres unidos por medio de una cadenita, pantalon blanco junto á la bota y de un ancho proporcionado, sombrero gris oscuro y guante de color de paja.

TRAJE DE SOCIEDAD.—Frac verde ó negro con botones negros, falda largo y ancho, pantalon y chaleco blancos, guante de color de paja y sombrero negro; corbata oscura.

Acaba de dar el gran compositor Meyerbeer un gran concierto en el palacio de Berlín. S. M. quedó tan complacido de la dirección de él, que entre la segunda y tercera parte de la función rey se acercó al gran maestro y le dijo desearia fijase en Berlín, que le pedía aceptase un puesto en la corte, á lo que M. de Meyerbeer contestó que tendría un placer en conformarse á las órdenes de S. M. En efecto, al día siguiente ha aparecido un decreto creando una plaza de director general de música de la corte y de los teatros reales con el sueldo de mas de 40, mil reales. S. M. anunciaba al propio tiempo al célebre compositor su nombramiento en una carta autógrafa concebida en los términos más afectuosos, y en la que le dice que gozará todos los años seis meses de licencia para ejecutar los trabajos de que está encargado ó se encargare para países extranjeros.